

# HECHOS Y REFLEXIONES

## LOS INTELLECTUALES

## CATOLICOS LAICOS

EN LA

IGLESIA

CAYETANO BOURBONNAIS, s. s. s.

Colocada como aclaración, la palabra "reflexiones" intenta reducir lo que ofrece el ambicioso título.

No pretendemos estudiar aquí, ni siquiera mencionar, todas las producciones debidas a católicos. Nos proponemos simplemente evocar los principales aportes hechos por ellos y, con la luz que se desprende del pasado, iluminar nuestro futuro.

Además, el ámbito de nuestro estudio se ceñirá aún más cuando planteemos las definiciones imprescindibles a un buen diálogo con el lector y exponamos el método que hemos escogido.

Dicho sea una vez para siempre, la palabra "laico" no tiene aquí ninguna referencia, ninguna relación, sino puramente etimológica con el laicismo condenado por la Iglesia en el siglo pasado. La definición utilizada es la que identifica al laico como miembro del pueblo de Dios, que no pertenece a la jerarquía ni a la vida religiosa (1).

Desgraciadamente, no podemos salir tan airoosamente con la definición de "intelectual". El intelectual, como lo entendemos aquí, no es el hombre que lee mucho y se mantiene al día, aunque ello forme parte de la vida habitual de un intelectual; no es tampoco el hombre que enseña solamente o difunde libros; ni es, según la afirmación, quizás estrecha, del diccionario, "el que tiene un gusto predominante para las cosas del espíritu y la mente", sino el que da una cierta "contribución a la cultura de su época" (2). Definición no muy estricta, pero que nos servirá de hipótesis de trabajo. Así, el intelectual no es el hombre dedicado a las delicias del pensamiento y del arte y que muere improductivo, como muchos diletantes, sino el que interviene, produce, publica y, en el mejor de los casos,

(1) Concilio Vaticano II, Constitución sobre la Iglesia, Nº 31.

(2) Santamaría, Los intelectuales ante la caridad de Cristo. Semanas de los intelectuales católicos, 1948.

crea. Se atribuye con más facilidad el título de intelectual al escritor y al filósofo, sin que todos lo merezcan, ni mucho menos; el artista, y a veces el sociólogo, el científico, llegan a ser intelectuales superiores y más auténticos que los intelectuales de las letras.

Cabe señalar, además, que, para la finalidad de nuestro ensayo nos concretaremos a hablar solamente de algunos intelectuales de categoría que han polarizado la influencia de la opinión pública, sin que desconozcamos el valor de una infinidad de otros que han seguido los caminos abiertos por los "grandes".

Así queda esclarecido por qué no incluimos en nuestras observaciones a los teólogos sacerdotes, que generalmente son intelectuales (!), ni a los militantes, ni a los hombres de acción, ni a los políticos católicos. Bien es sabido que muchos entre ellos han hecho mucho más para la Iglesia que los intelectuales laicos, pero que quedan excluidos de nuestras investigaciones por su mismo objeto.

En cuanto al significado de la palabra católico, no la damos por entendida completamente, sino que esperamos que su sentido irá precisándose a medida que se desarrollen nuestras reflexiones.

Una palabra sobre el método adoptado. Había varias maneras de abordar el tema propuesto. Cediendo a una tentación muy generalizada, incluso entre los sacerdotes, de indicar a los demás lo que deben hacer, se podría construir una larga exposición sobre las tareas de los intelectuales laicos. Partiendo de una visión teológica de la misión del laico en la Iglesia, se podría pintar un magnífico cuadro de los imperativos que acosan a los intelectuales católicos de hoy. Sin embargo, nos pareció más conveniente renunciar a este método (utilísimo en otras perspectivas), primero porque el trabajo teológico ya está hecho y bien hecho (3) y, sobre todo, porque pensamos que una visión, aunque sea panorámica, de lo que los intelectuales laicos ya han hecho y están haciendo, es de más provecho inmediato para quienes quieren integrarse a la marcha de los intelectuales católicos en la Iglesia y en el mundo.

De allí viene que hemos optado por un método de inspiración fenomenológica. Huelga decir que no se trata de una adopción de la fenomenología en cuanto tal, sino sólo una adopción de una manera de acercarse a lo real que no sea pura historia, o enumeración, o antología, sino ya una tentativa de horadar el fenómeno para llegar a su significado. Haríamos nuestro el consejo de Husserl: "no se trata de explicar, sino de describir", sabiendo que la descripción atenta y simpática puede llevar a la comprensión de lo que subyace bajo los fenómenos.

Los hechos descritos o a veces simplemente mencionados, así como las tendencias que se atribuyen a los intelectuales laicos, han sido escogidos con un gran esfuerzo de objetividad, pero es bastante obvio que la objetividad en este caso se reduce a un cierto deseo de sinceridad, quizás solamente a un poco de buena voluntad. Es casi fatal, después de esta exposición, que muchos cuestionen su parcialidad y tengan la impresión de que se han llamado verdades y hechos importantes. Nuestra respuesta es la siguiente: hay libertad de opinión, y el mismo trabajo podría desarro-

llarse de muchas maneras. ¡Que se haga otro mejor y aplaudiremos!

## Lo sobrenatural asequible

Si ha habido una preocupación constante de los intelectuales laicos desde el momento en que empezaron a tomar la palabra hasta hoy, es la de hacer más asequible lo sobrenatural.

Toman tan en serio lo sobrenatural, lo divino, lo religioso, que lo quieren ver llegar hasta las últimas fibras de la existencia. Dios existe o no; Cristo se encarnó y resucitó o no lo hizo. Si Dios existe y Cristo se encarnó y resucitó, el mundo, la vida, la muerte, el amor, el trabajo, están todos transformados y sólo hay una gran pregunta: ¿cómo? El verdadero intelectual católico laico busca en todo auscultar la presencia de Dios. Como lo hace Peltzer, novelista argentino, que alude a Dios en sus novelas como al "interlocutor que no se ve" (*Criterio*, 1962, p. 257).

Péguy ya había rechazado un sobrenatural blando y sin vértebras; "lo sobrenatural también es carnal". Lo sobrenatural no existe, a nuestros ojos, sin su encarnación en los seres y en la historia (4). Él no creía en una caridad meramente espiritual y sin vibraciones humanas. De una cierta categoría de sacerdotes y monjas escribió: "Porque no quieren a nadie se imaginan que quieren a Dios." Comentario ácido de una de las más famosas enseñanzas del Nuevo Testamento: "el amor a Dios ha de pasar por el amor a los otros".

J. Maritain, que ha puesto como eje de su sistema la ley de la encarnación, ha reflexionado durante su vida entera sobre esta vinculación de lo sobrenatural con lo natural. Y podemos afirmar que el tomismo lo atrajo principalmente por su manera de explicar las conexiones entre la naturaleza y la gracia.

Siguiendo un camino filosófico muy distinto, Maurice Blondel se mantenía con su método de inmanencia luchando con el mismo problema: su método "consiste en reconocer a Dios en la profundidad del hombre" (Daniel Rops, *Un combat pour Dieu*, p. 739).

Movido por interrogantes filosóficos de otra índole, Gabriel Marcel no ha dejado de perseguir las huellas divinas en el fenómeno humano.

Que los filósofos espiritualistas se inclinen sobre el problema de las relaciones de lo humano y de lo di-

(3) Ives M. J. Congar, *Jalones para una teología del laicado*. Edición francesa, 1951. (Trad. española, 1961.) Cap. VI. Los laicos y la función profética de la Iglesia, pp. 322-39. 2. E. Gilson, *La inteligencia al servicio de Cristo Rey*. Conferencia anterior al libro citado arriba. Card. Keening. *Les tâches de l'intellectuel catholique dans le monde d'aujourd'hui*. Congres de Pax Romana, Friburgo, 1961. R. P. Vicente Vetrano, in "Criterio", 1420 (1963), pp. 374-375.

(4) Cf. A. Rousseaux, *Figaro Littéraire*, 22 de enero de 1949, citado por P. H. Simon, *La Literatura. Del pecado y de la gracia*, 1959, p. 64. Además: P. Duployé, *La religión de Péguy*.

vino no nos sorprende excesivamente, ya que es parte del oficio propio de ellos; pero en nuestro tiempo, concretamente después de la primera guerra mundial, apareció toda una pléyade de artistas, novelistas, dramaturgos católicos que han situado su creación literaria en el punto de sutura entre la gracia y el pecado (5). Claudel, el gigante de las letras francesas modernas, Fr. Mauriac, Georges Bernanos, Graham Greene en Inglaterra, Papini en Italia, Hochwälder en Austria (6). Nombres demasiado conocidos en los cuales no es necesario insistir. A ellos y a todos los que de cerca o de lejos siguieron esta inspiración, se debe, en amplia medida, el habernos liberado de una idea militar, matemática, rígida —diríamos manualística—, de la acción de la gracia en las almas. En esa literatura, en que se reduce casi al punto cero el grado de edificación, sobre todo en el caso de Fr. Mauriac, se pone toda la atención y el arte al servicio de una descripción minuciosa de los movimientos de la gracia en los ideados. En sus mismos excesos de buscar la más tenue presencia de Dios en los rincones más tenebrosos del alma, un novelista como Mauriac nos da siempre a entender que en la vida real no hay hombres malos sin remisión o buenos sin grieta en su bloque de perfección (salvo los santos conocidos de Dios solamente), sino seres más o menos habitados de la presencia divina.

Aunque Claudel haya analizado el mismo fenómeno de una presencia de Dios muy poco observable, en algunos de sus personajes (el Mara de La Anunciación) no lo ha hecho con preferencia. Lo sobrenatural en las obras de Claudel es evidente, transparente, omnipresente. Dios no es sólo visible a través de los seres redimidos, sino a través de toda la Creación. El papel del escritor es precisamente de "cumplir la creación de Dios"; la poesía de Claudel es una conversación ininterrumpida con "la inmensa octava de la creación". Él sabe que "nada es demasiado para dar gloria a Dios".

Esta misma tendencia de mostrar bien encarnado lo sobrenatural llevó a un autor francés —ahora muy olvidado, pero de gran influencia en los círculos católicos: Henri Ghéon— a una verdadera renovación de la hagiografía. "Romper las estatuas" de los santos y hacerles vivir como hombres de carne; romper el yeso de convencionalismo que hace ver a los elegidos de Dios como a pedazos de madera ya moldeados para la santidad desde su primera respiración. Sus obras: la vida de San Vicente Ferrer y del Cura de Ars, unidas a innumerables piezas de teatro donde aparecen santos, han revolucionado el estilo de las vidas de santos y la misma idea de la santidad.

Paradójicamente, estos mismos escritores, tan preocupados de acercar lo sobrenatural al hombre y no

(5) Para una visión de conjunto ver P. H. Simon, *La literatura*. Ch. Moeller, *Literatura del siglo XX y cristianismo*, 4 tomos. Monografías sobre algunos autores.

(6) Sobre Hochwälder, véase Ch. Moeller, *Literatura del siglo XX*, t. IV. "El problema central de la obra de Hochwälder es el establecimiento de la justicia y de la paz sobre la tierra. La verdad y la paz no son nada si no se encarnan; pero tan pronto como lo hacen, se ven perseguidas y tienen que refugiarse en el desierto." P. 514.

relegarlo en un mundo artificial y apartado, son los mismos que aspiran a dar a las realidades religiosas toda su fuerza y dinamismo a la par que subrayan más que otros su pureza y su especificidad. Los autores citados y todos los que entran y entran en las mismas corrientes son de una ferocidad ejemplar para fustigar todo lo que les parece ir en contra de la verdadera religión. Critican sin contemplación los contrastes testimonios de la fe y se preguntan siempre hasta dónde pueden llegar las últimas consecuencias del compromiso cristiano. La religión que les interesa no es la de los aficionados, sino la que penetra toda la vida. Están de acuerdo en un mismo odio hacia la mediocridad.

## Irradiación nueva a ciertos aspectos de la Iglesia

Otro aporte de los intelectuales católicos laicos consiste en que dieron y siguen dando al pensamiento católico una irradiación bien sea poética, literaria o filosófica; ellos, más que los sacerdotes, por buenos teólogos y predicadores que sean, saben interpretar en términos diarios, vitales, llamativos, las verdades reveladas. Saben mejor cómo experimenta la fe un hombre de la calle porque, generalmente, lo conocen mejor y lo ven vivir de cerca.

Los laicos católicos hicieron oír una nueva voz, empezaron a hablar a Dios en un nuevo estilo; estilo marcado de mucho vigor (León Bloy) o de una ternura única (Prières de Ch. Péguy) o inspirado de la mejor liturgia (Huysmans) y de la mejor teología.

Aquí encontramos de nuevo a los Maritain, Jacques, su esposa, la hermana y algunos que les rodeaban. En los grupos de los Maritain, frecuentados por varias personas ya célebres o que alcanzaron la celebridad después, se estudiaban metódicamente las vías de oración bajo la dirección de grandes teólogos. Se veían los laicos apasionarse por los místicos y la lectura de la vida de los santos de todos los tiempos. De ahí salieron algunos libros: *De la vida de oración*, por J. y R. Maritain, o algunas partes de libros sobre la oración y la meditación.

La oración en las obras de Claudel pertenecen a un estilo más libre como conviene a la poesía. Pero, precisamente por esta libertad, él pudo expresar nuevas armónicas a la oración, que han sido plagiadas después una infinidad de veces. "La Virgen a mediodía", por ejemplo, queda como un modelo clásico de la oración gratuita, de pura admiración y puro amor. La oración que abre el "Soulard de Satin", la de Doña Prouhèze en la misma obra, son auténticas obras maestras que reflejan a su manera auténticas enseñanzas teológicas.

Además, después de Huysmans, Claudel fue uno de los primeros escritores católicos que vinculaban su oración con la oración litúrgica. Claudel vivía de la liturgia e hizo de ella la inspiración de cantidad de sus escritos. Pensemos en la "Anunciación" y su

bellísima evocación de la liturgia de Navidad; pensemos en el librito "La misa, allá". Antes de los grandes desarrollos del movimiento litúrgico y bíblico, Claudel había escogido "habitar" en la Biblia, como lo escribió, y hacer del culto oficial de la Iglesia uno de sus más profundas fuentes de inspiración.

Con Bernanos la oración alcanza un grado dramático, trágico, desgarrador, que contrasta con los otros escritores.

La oración de Bernanos, siempre en búsqueda de más autenticidad, de sinceridad a toda costa, brota de las situaciones más desesperadas. El caso de su "Cura rural", hundido en lo más hondo de las desgracias, se descubre prisionero de la santa agonía del Señor. Toda oración que él hace le confronta con la Cruz. Su esperanza misma, que brilla a través de sus noches oscuras, nunca llega a ser triunfante. Sus últimas palabras: "todo es gracia", han sido escritas precisamente como contrapeso a la carga de sufrimientos y humillaciones que acababan con su vida. Idéntica atmósfera en el "Diálogo de las Carmelitas"; la oración del personaje principal crece como una frágil flor sobre un tallo de miedo y desesperación.

Ahora bien, estas dos obras, llevadas a la pantalla, han ejercido una influencia enorme en el mundo católico, y, a pesar de todas las críticas hechas al cristianismo de Bernanos, es forzoso reconocer que nos obliga a bajar a ciertas zonas de nuestra alma, allí donde se libran las últimas luchas y se toman las decisiones que "condenan o salvan". No es un cristianismo rosado, fácil, no es una oración para rezar por la calle; pero ¿quién podría prohibir a Bernanos situar su arte en los confines de lo diabólico y de lo divino, y revelarnos la oración para los momentos desesperados? Además, es de notar que Bernanos no deja su oración en la crisis; así como la condesa del "Diario de un cura rural" encuentra la resignación y la luz pascual en el último momento, así, el mismo cura rural parece morir reconciliado con sí mismo y con su vocación al sufrimiento.

Esta valoración de la oración, libre, personal, bien moldeada sobre la vida real, con todas sus crisis y sus ilusiones, no fue una moda de los pensadores católicos de entre las dos guerras. Continuó Claudel en los libros sobre la Biblia, continuó Mauriac, periodista y panfletario. De Mauriac este llamado a los sacerdotes: "Ocupaos de lo que os toca, de Él que os mira, de Él que miráis, iniciadnos al secreto de la contemplación" (*La Pierre d'achoppement*, p. 108).

En América Latina tenemos el hermoso decir de Federico J. Peltzer, por cierto, de la escuela de Mauriac: "ante un requerimiento periodístico, ha dicho Peltzer que la nota definitiva del novelista católico es —o debe ser— la piedad" (*Criterio*, 1962, p. 257).

## La fascinación de la santidad

Animados por una intensa vida de oración, la mayoría de los intelectuales católicos bien instruidos de su vocación y responsabilidad han sido tentados por la santidad. En los círculos de los Maritain se hablaba de

santidad como de un tema preferido; ciertos miembros menos preparados creían que era una meta al alcance de la mano, como un premio literario, y que con un poco de suerte y de talento se podía lograr. Siguiéron, claro está, muchos desencantos, pero había ocurrido lo increíble, poner de moda la santidad. Muchos fracasaron en su intento, pero quedó bien establecida una cosa: no hay vida profesional intelectual llevada cabalmente por un católico sin un enfrentamiento continuo con la santidad. Muchos se quedaron con la nostalgia de la santidad, como, por ejemplo, Ch. Du Bos (ver: Blanchard, "Sainteté aujourd'hui"). Creemos oír un eco prolongado de León Bloy: "Sólo hay una tristeza, la de no ser santo."

Más cerca de nosotros, P. H. Simon, novelista y crítico, otro discípulo de Fr. Mauriac, escribía (haciendo hablar un personaje portavoz): "A veces me pregunto si no es ésta nuestra desgracia, nuestra irremediable pobreza: aquí no tenemos santos entre nosotros" ("Les hommes ne veulent pas mourir", páginas 190-191).

Y Bernanos estaba fascinado por el tema de la santidad y se preguntaba con su lucidez habitual y su brío en qué consiste esa irradiación de los santos y de dónde les viene esa energía contaminadora. (Hans Von Balthasar, *Le chrétien Bernanos*, pp. 274-282.)

¿Será tal vez esta pasión por desentrañar los secretos de la santidad lo que lo ha llevado a ser un tema capital incluso en la reflexión de los agnósticos? Así Camus se plantea el problema en un pasaje célebre de *La peste*: "El único problema concreto que yo conozco hoy día es el de si se puede ser un santo sin Dios."

El tema o, mejor dicho, la preocupación de la santidad entre los intelectuales católicos laicos, no ha desaparecido en absoluto, pero parece que se va desplazando de los literatos a los científicos, a los comprometidos en el campo social y en el apostolado directo. Además, la nueva espiritualidad del testimonio de vida, si bien tiene en el fondo la misma meta, la de cumplir la voluntad entera de Dios al igual que hace treinta o cincuenta años, no siente la misma inclinación a analizar la santidad subjetiva de los individuos. Sin abandonar todo interés por la santidad en sí misma, los laicos ahora, al igual que los teólogos y otros escritores eclesiásticos, se vuelven más hacia la santidad de la Iglesia, la santidad de las comunidades. Lo "comunitario" lo ha invadido todo, incluso la vida que se creía más personal. En la dialéctica de lo personal y de lo comunitario, quizás se llegue a un extremo del cual habrá que volver.

(Continuará en el próximo número.)

Maracaibo, junio 1966

